

DESARME

Carmen Magallón

Heraldo de Aragón 17/04/2021

Hace un año, tras declararse la pandemia, el secretario general de las Naciones Unidas, António Guterres, y el papa Francisco llamaron a un alto el fuego mundial. La urgencia de enfrentarse a un enemigo común, la covid-19, parecía razón suficiente para detener confrontaciones cuya continuidad, a diferencia del virus, dependía de decisiones humanas. El llamamiento no encontró eco y los variados contendientes, siguieron a la suya, empeñados en seguir matándose con una persistencia digna del peor virus.

Para recordar el llamamiento y con la idea de que, si bien para la guerra no hay vacuna, la disminución del número y sofisticación de los armamentos en circulación podría ayudar, el Vaticano y la Universidad SOAS de Londres organizaron recientemente la conferencia en línea “Avanzando en el desarme integral en tiempos de pandemia”. En ella se defendió dirigir los recursos que van a las armas a necesidades humanas, se habló de la necesidad de respetar las normas internacionales, de cómo el diálogo interreligioso y ecuménico es capaz de desmilitarizar el corazón humano y de asentar la convicción de que somos miembros de una sola familia, y de que para este avance es preciso desinvertir en la producción de armas, lo que choca con fuertes resistencias: con el negocio hemos topado.

Hay muchos intereses y son escasos los líderes capaces de actuar como tales, a saber, tomar en sus manos un problema y decir y defender lo que los grupos de poder no quieren oír.

¿Apenas los dos mencionados?